

Juan Fernando SELLÉS,
*Riesgos actuales en
 la universidad. Cómo
 librarse de ellos*, Ediciones
 Internacionales
 Universitarias,
 Madrid, 2010, ISBN:
 9788484692874, 200 pp.

Recibido: 31/01/2011
 Aceptado: 09/02/2011

Este libro pertenece a Juan Fernando Sellés Dauder (Alicante, 1961), doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra (1994), y Profesor Titular de Antropología en dicha institución académica. El texto trata sobre las principales enfermedades intelectuales o morales que afectan al entorno académico universitario, cuya raíz, como apunta el autor, está en la devaluación del conocimiento del hombre, la falta de acceso a su intimidad y la falta de búsqueda de lo radical, que facilitan el “quedarse en cuestiones de método que muchas veces impiden llegar a los temas de fondo”.

Así el autor realiza un elenco de los principales prejuicios y dificultades que pueden encontrar tanto el estudiante como el profesor en su búsqueda de una verdad que trascienda el reino de lo “políticamente correcto” y el academicismo reinante que se traduce en una especie de lo que el autor llama democratización del pensamiento. Esta democratización del pensamiento lleva a asumir la siguiente postura que el autor recoge en el libro y detrás de la cual se esconde una fuerte carga ideológica: “tal opinión no es ni inferior ni superior a otra; es, simplemente, *distinta*”. Con ello se destruye cualquier criterio de distinción jerárquica y se impide cualquier diálogo heurístico que conduzca hacia la verdad. Además se pone en cuestión la distinción jerárquica entre las realidades, así como la distinción entre los métodos para conocerlas. Sin duda estos dos

problemas afectan al desarrollo de una teoría del conocimiento y comprometen a la verdad misma y en consecuencia al ser del hombre que lleva implícito el encuentro con su propio sentido personal.

Sin embargo, en el entorno universitario no solo existe el problema del academicismo. En el libro se tratan otras cuestiones, como la politización de las universidades, que yo no llamaría politización sino corporativismo. Este trasciende todos los ámbitos y no sólo el meramente procedimental, es decir, el modo de funcionar y presentarse de la universidad, sino también el intelectual, lo cual crea espacios aislados que impiden verdaderas sinergias de pensamiento, obstruyendo la interdisciplinariedad y la valoración del conocimiento en sí mismo, no como un “medio para”. De ahí la acertada distinción entre saber y cultura que apunta Juan Fernando Sellés. El saber es un fin en sí mismo e integra, mientras que la cultura, siendo algo en cierto modo externo al hombre, es un “medio para” que aísla un determinado aspecto de la realidad sin integrarlo en el conjunto del conocimiento humano. Con esto quiero decir que es el culturalismo el que muchas veces está en la base de ese corporativismo, en el que el peso de la tradición encarnada por la institución impide el encuentro de la verdad personal, que apunta hacia el futuro, es decir, aquello que se está llamado a ser. Esto se ve muy bien en la especie de jerarquía que se establece en torno al mundo intelectual que da lugar a castas académicas inaccesibles e intocables. De esta manera el peso del pasado se impone al futuro, produciendo una especie de anquilosis espiritual que se traduce en términos de indiferencia y esa indiferencia desemboca en el relativismo de una forma clara y palmaria. Como señala Gabriel Marcel, resumiendo la idea general de lo que hemos tratado de compilar hasta ahora y que el autor recoge en el libro: “La contaminación del porvenir por el pasado está en el corazón de todo fatalismo”.

Otros prejuicios que se derivan de este fatalismo afectan al mundo universitario, tales como la mediocridad intelectual que se convierte en el “escuclerismo” tal y como

lo llama el autor. El escuelerismo en vez de buscar la adecuación del alumno al saber, de tal manera que este (el saber) se convierta en una meta para él, busca el rebajamiento del saber a la mediocridad del alumno. La mediocridad da lugar a la crítica destructiva: lo mejor es visto como sospechoso porque establece una diferencia de grado y esto va en contra del democraticismo intelectual, que postula un igualitarismo de base. Ese igualitarismo se traduce en la búsqueda de méritos formales que luego se recogen en un currículo que no tiene en cuenta el bajo o alto grado de conocimiento de la persona que lo realiza. La presencia de la forma sobre el contenido supone, a mi modo de ver y sacando del planteamiento del autor sus últimas consecuencias, el triunfo de la forma sobre el contenido, el triunfo de lo pasado sobre lo futuro, el triunfo de una libertad sin verdad hacia la cual cada uno apunta, que se transforma “en el énfasis por utilizar mucha metodología que alcanza poco contenido”. Hay que tener en cuenta que en el caso del hombre *forma non dat esse*, ya que el hombre es pura libertad que encuentra su respuesta en el destinarse, o como lo llama el autor, cumplir lo que está llamado a ser. El corporativismo impide entender la libertad humana en términos de libre destinación.

Toda esta crisis que se observa en el mundo universitario y que tiene lugar desde hace varias décadas en los entornos académicos ha desembocado en la sociedad, produciendo una especie de cansancio en el pensar, que en el fondo lleva a renunciar a ser hombre y a renunciar a la máxima de Píndaro: “Hombre, llega a ser lo que eres”. Juan Fernando Sellés, desde el punto de vista de la antropología trascendental de Leonardo Polo, expresa la problemática del agotamiento filosófico en la actualidad que se traduce en todos los ámbitos de la vida y que ha desembocado en el sentimentalismo presente debido a la ignorancia en la inteligencia y el falseamiento de la voluntad: “En la actualidad, el filosófico es un agotamiento humano, aunque no el único. Piénsese, por ejemplo, en el cansancio genético, es decir, en la carencia de hijos, en el matrimonial y familiar, en el moral, educativo,

etc. La de la filosofía se puede comparar a las crisis de esas otras realidades humanas, porque en ellas es el mismo existente el que se halla enteramente comprometido. Como se ve, no sólo se cansa el intelecto humano de buscar la verdad, ni sólo la voluntad de serle fiel según virtud, sino que es el mismo ser personal humano quien se retrotrae de buscar su verdad. Cuando alguien no se adhiere a la verdad, se otorga protagonismo a la opinión; como adquirir la virtud es tarea ardua, se abre paso el sentimiento sensible; si no se busca la propia verdad personal, el hombre sesteaa dotando de cierto sentido a sus manifestaciones humanas menores, pero esa actitud no inspira a nadie”.

En mi opinión, la crisis de la universidad está en que el ser humano se ha centrado tanto en sus manifestaciones, es decir, en su modo de presentarse ante lo real, que se ha olvidado de lo verdaderamente importante, su intimidad, aquello hacia lo cual apunta su ser. De esta manera, se ha perdido una dimensión de la libertad en detrimento de la otra. Estas dos dimensiones son una positiva, que entiende la libertad en términos de proyección, como cumplir aquello que uno está llamado a ser, y que redunde en el mismo ser del hombre; y la otra es una consideración negativa de la libertad que desciende al nivel esencial del hombre en su plano manifestativo y entiende la libertad en términos de problema. Creo que este libro pretende reflejar que la falta de comprensión de la libertad es la que precisamente ha conducido a la crisis que hoy vivimos, porque la crisis lo es de fondo y no de forma, y está ínsita en la misma libertad del hombre, es decir, en su mismo ser. Para la universidad el tema de la libertad es problemático porque la entiende en términos de “liberarse de” y no como libertad en términos de proyección que estriba en el preferir humano, una elección radical que envuelve al hombre en un destinarse que es personal e irrepetible. Este es a mi modo de ver el propósito de este libro y el gran reto de la universidad: el redescubrimiento del valor de la libertad humana.

Juan Pablo Martínez Martínez
Universidad de Navarra